

EL NACIONALISMO COMO PROBLEMA DE LA HISTORIA DE LAS IDEOLOGÍAS

Cristian Buchrucker

1. La cuestión del nacionalismo

Cuando se trata de construir una tipología de las ideologías, especialmente con el fin de sistematizar los estudios comparativos, los investigadores raras veces se ponen de acuerdo¹.

En este ámbito se plantea la interesante problemática del nacionalismo. Es difícil encontrar historiadores o politólogos que nieguen la importancia que ha tenido el fenómeno nacionalista en el mundo contemporáneo, pero al mismo tiempo existe una curiosa inseguridad cuando se trata de asignarle un perfil y un lugar precisos en el marco general de las corrientes ideológicas. Una mirada a la bibliografía confirmará lo dicho.

Si se consulta al clásico *Sabine*, el prototipo del nacionalismo estaría dado por el pensamiento hegeliano, con lo cual la amplitud del fenómeno queda arbitrariamente reducida a sólo una de sus manifestaciones más intelectuali-

¹ Sobre esto puede verse Buchrucker, C.: "Historia de las Ideologías y Politología: Balance crítico para una convergencia deseable", en "Todo es Historia", N° 236, enero de 1987, ps. 71-77.

zadas. En el esquema de *Touchard*, "nacionalismo e imperialismo" aparecen como fatalmente ligados, tanto en lo conceptual como en lo cronológico (los ubica entre 1848 y 1914). *Santonasto* establece una continuidad aún más neta, al reunir "nacionalismo y fascismo" en un único capítulo, con lo cual básicamente coincide *Prélot*, quien caracteriza al nacionalismo como una corriente contrarrevolucionaria subdividida en tres tipos: el "emotivo" (Barres), el "integral" (Maurras) y el "totalitario" (Mussolini e Hitler). Entre las cinco grandes ideologías establecidas por *Nolte* figura el fascismo; pero otras formas nacionalistas son mencionadas en algunos pasajes, bajo los rótulos de "nacionalismos del siglo XIX" y "movimientos de liberación del siglo XX"². Para *Baechler* el nacionalismo es una de las cuatro ideologías contemporáneas más importantes, junto con el liberalismo, el socialismo y el fascismo. *Falcionelli* prefiere desvalorizar la última de las mencionadas, proponiendo un sistema tripartito, donde el "tradicionalismo" (maurraniano) se opone tanto al liberalismo como al socialismo. Partiendo de otra óptica valorativa, *Grebing* coincide con este planteo aunque llama "conservadorismo" a la corriente tradicional. Aquí se observa que el nacionalismo aparece como un fenómeno más bien secundario, subordinado a ideologías que lo superan en elaboración conceptual y a la vez desgarrado por las tensiones que ellas generan. Por último habría que señalar

2 Ver Nolte, E.: "Theorien über den Faschismus", Colonia /Berlin, 1970, ps. 15-17 y Nolte, E.: "Marxismus und industrielle Revolution", Stuttgart, 1983, p. 535. Bracher, K. D.: "Zeit der Ideologien-Eine Geschichte politischen Denkens im 20. Jahrhundert", Stuttgart, 1982, al hablar del "tercermundismo" se acerca a la última de las categorías enunciadas por Nolte. Las otras obras citadas en esta revisión bibliográfica son: Sabine, G. H.: "Historia de la teoría política", México, 1982; Touchard, J.: "Historia de las ideas políticas", Madrid, 1983 (5a ed.); Santonastaso, G.: "Orientaciones actuales de las doctrinas políticas", Bs. As., 1961; Prélot, M.: "Historia de las ideas políticas", Bs. As., 1971; Baechler, J.: "Qué es la ideología", Bs. As., 1978; Falcionelli, A.: "Capitalismo y marxismo como ruptura en la historia", Bs. As., 1964; Grebing, H.: "Liberalismus, Konservatismus, Marxismus-Ein Ueberblick" [en Kress, G. y Senghaas, D.: "Politikwissenschaft", Francfort, 1972]; Ebenstein, W.: "Los ismos políticos contemporáneos", Barcelona, 1961; Nassmacher, K.H.: "Politikwissenschaft I", Düsseldorf, 1977 y Neumann, F.: "Handbuch politischer Theorien und Ideologien", Reinbek/Hamburg, 1977.

a estudiosos que, evitando el uso del término sólo aluden al fenómeno en su manifestación fascista. Es el caso de *Ebenstein, Nassmacher y Neumann*.

Ante este panorama, la cuestión parece plantearse en los siguientes términos: ¿Debe considerarse que el nacionalismo constituye un conjunto ideológico coherente y protagónico a escala mundial, o sólo se trata de un componente secundario y ambiguo, inserto en otras configuraciones realmente definidas? Dado que en un trabajo reciente he aconsejado el uso de una tipología que *no* incluye expresamente el nacionalismo, parecen oportunas algunas consideraciones sobre esta problemática, sin que con ellas se pretenda lograr otra cosa que una breve introducción teórica y crítica a tan vasto tema³. De todas maneras cualquier estudio actual del nacionalismo tendrá que partir del reconocimiento de ciertas dificultades básicas, que un autor reciente expresó del modo que sigue:

"El nacionalismo permanece difuso. Los intentos de definirlo son legión, tanto los que se han originado en ideólogos nacionalistas, como los que se deben a politólogos más serenos. Los análisis han seguido líneas histórico-descriptivas y filosóficas, pero también estrictamente políticas o sociológicas. Todos estos intentos han sido fructíferos, pero ninguno ha sido capaz de dar una interpretación definitiva y ajustada a este particular fenómeno. El nacionalismo es un movimiento camaleónico y mesiánico, que, a lo largo de 150 años repetidamente ha cambiado sus colores".⁴

2. El tema nacional y las macroideologías

En este trabajo se utilizará el término "*ideología*", entendiéndolo por tal a un sistema de ideas surgido de la

3 Buchrucker 1987. p. 74.

4 Ashkenasi, A.: "Modern German Nationalism. Nueva York, 1976. p. 3.

confrontación polémica con los grandes conflictos de la vida socio-política, sistema cuyas funciones expresas incluyen la de convertirse en "mapa cognitivo" generalizado y la de fundamentar teóricamente las normas de la sociedad.⁵ Se trata de un fenómeno sumamente complejo, cuya materia prima está dada, tanto por la multiplicidad de los conflictos, como por la diversidad de las percepciones y reacciones que se dan en los protagonistas.

Dada la complejidad mencionada, debemos buscar una unidad analítica mucho más simple, que sirva para determinar con mayor precisión ciertos conjuntos típicos de problemas y sus correlativas respuestas. Propongo al *tema o núcleo ideológico* para ese rol, definiéndolo como el mínimo discurso político con significación propia. En otras palabras, se trata de la toma de conciencia de por lo menos *un conflicto* socialmente relevante, a la cual se acopla alguna oferta de solución. En cambio una ideología es siempre un edificio discursivo mucho más amplio, integrado por *varios* de esos "temas", los que a su vez se conectan según relaciones jerarquizadas.

Bajo diversas formas expresivas, esos temas pueden ser rastreados a lo largo de la historia del pensamiento político, tanto en sus versiones más refinadas ("filosofía política"), como en las más comunes ("propaganda"). A los fines de la investigación, conviene una formulación relativamente abstracta de cada núcleo, ya que la reproducción mecánica de un vocabulario específico (de autor o época) impediría reconocer los rasgos estructurales subyacentes, los cuales deben ser identificados para la tarea comparativa. Ese nivel de abstracción no debería llegar al extremo

5 Asumiendo la responsabilidad por esta formulación, quiero señalar que es coherente con los enfoques y resultados de una serie de investigadores, entre los cuales se destacan: Nolte, 1970 y 1983, además de su "Deutschland und der Kalte Krieg", Stuttgart 1985 (2a. ed. rev.); Euchner, W: "Demokratietheoretische Aspekte der politischen Ideen-geschichte" (En Kress, G y Senghaas D.: "Politikwissenschaft", Frankfurt, 1972); Gregor, J. "Contemporary Radical Ideologies", Nueva York, 1968 y Dumont, F. "Las ideologías", Bs. As., 1978.

de implantar una terminología totalmente artificial. Considero que se debe privilegiar el método histórico-fenomenológico, según el cual el investigador busca respetar la manifestación (documentada) de los propios actores históricos: lo que ellos vivieron y sufrieron como conflicto será tomado siempre como punto de partida⁶. Es perfectamente posible que un estudioso, partiendo de una teoría general, detecte y analice tensiones subterráneas, que la polémica efectiva de la sociedad estudiada apenas si ha recogido. En tal caso, dichos descubrimientos no pueden ser catalogados como temas ideológicos. Por supuesto que también deberá encararse la diferenciación entre los componentes reales y los imaginarios de un discurso conflictivo, pero esa tarea corresponde más bien a la etapa final-es decir crítica- de la indagación histórico-política.

Una vez que uno de estos núcleos ha adquirido perfiles netos en la opinión pública de un tiempo y espacio determinados, se advierte que se trata ante todo de un decir referido a ciertos agrupamientos sociales, un decir que es también constitutivo de los mismos, ya que los caracteriza como unidos por ciertos intereses e ideales. Esto último es fundamental para el análisis de las diversas soluciones: en cada tema un determinado valor-fin es postulado como criterio ordenador, al que otros valores deben subordinarse; correlativamente se esbozan variadas formas de distribuir recursos escasos (económicos, políticos y culturales) entre los actores sociales interesados -los cuales pueden ser grupos organizados, estratos, coaliciones regionales, o Estados⁷.

Siguiendo esta línea metódica, el *problema del nacionalismo* se plantea ante todo como una pregunta acerca del "*tema nacional*" en el mundo contemporáneo. Sin duda, aquí habrá muchas coincidencias. El tema nacional será la toma de conciencia de grandes unidades socioculturales

6 En esta orientación me adhiero a la línea metodológica de los fundamentales trabajos de Ernst Nolte.

7 Debe recordarse que el "tema ideológico" se obtiene por un proceso de abstracción a partir de una multiplicidad de fuentes y autores. Es por ello que se acerca al "tipo ideal" postulado metodológicamente por Max Weber.

(naciones), las que, hallándose fraccionadas o sometidas por el imperio de otras, experimentan la consiguiente reducción de sus posibilidades de desarrollo en diversos campos de actividad. La respuesta nacional reivindicará el valor igualdad, aplicándolo a las relaciones inter-étnicas. Es decir, postula la necesaria correspondencia entre el derecho de autodeterminación política (construcción de un Estado) y la existencia de una identidad nacional (lengua, costumbres, creencias compartidas). El tema nacional des-legitima todo Estado multinacional jerarquizado (formado por etnías dominantes y dominadas).

En el párrafo precedente la caracterización ha sido lo más esquemática posible: se recurrió a una de las *tres dimensiones* en las que se ha planteado - práctica y teóricamente - el problema nacional. Es la dimensión de la distribución "*horizontal*" (básicamente geográfica) del poder entre las etnías. Sin embargo, existen otras no menos importantes. Una -"vertical" si se quiere- se refiere a la mayor o menor homogeneidad de la estructura social de una nación. No ha sido infrecuente en la historia contemporánea la acción de determinados sectores que reivindicaban para sí una especie de monopolio de las "más puras esencias nacionales", derivando de ello una pretensión de liderazgo sobre los demás, y en ocasiones un programa persecutorio para los que eran considerados "extranjerizantes", es decir desviados del "tipo" nacional oficialmente proclamado e impuesto.

La tercera dimensión analítica se refiere al *tiempo histórico*: la velocidad de los procesos de cambio de los últimos 200 años ha ido alterando y recreando continuamente los legados tradicionales. Siendo éstos un elemento definitorio de las identidades nacionales, su inestabilidad empírica coloca a muchos nacionalistas en situaciones incómodas. Una y otra vez deben responder a la pregunta de si un determinado cambio-político, económico o cultural- fortifica, transforma o desintegra la nacionalidad. En no pocos casos esto plantea disyuntivas dramáticas. Así, en el siglo XX han chocado la interpretación maurrasiana de "lo nacional" francés, (basada en el ideal de la monarquía barroca) con la versión nacional-republicana (que reivindica la gesta

revolucionaria de 1789). En la Alemania de Weimar, Hitler interpretaba la nación en una clave pagana y racista; el "Zentrum" católico respondía con la glorificación del Imperio cristiano medieval y los conservadores del Norte insistían que "lo alemán" era inseparable del luteranismo y de la filosofía idealista de Hegel. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero lo que interesa es subrayar los factores que impiden una respuesta unívoca y "simplemente" nacional frente a la problemática creada por los marcos social y diacrónico del acontecer político.

De allí el surgimiento y coexistencia de otros núcleos ideológicos, más directamente relacionados con las dimensiones mencionadas. Tentativamente propongo caracterizarlos como sigue: el núcleo *liberal*, el *democrático*, el *social*, el *sofotecnocrático*, el *tradicional señorial* y el *tradicional-cristiano*. La lista se cierra con el tema *imperial*, directamente opuesto al tema nacional en su dimensión específica. Para una presentación breve de los *siete núcleos ideológicos de directa relevancia política* puede consultarse el siguiente esquema:

NUCLEOS	CONFLICTOS PERCIBIDOS	SOLUCIONES
"NACIONAL"	Una etnia se vuelve autoconciente de su identidad y de las frustraciones producidas por la separación dominación impuesta por terceros.	Supremacía del valor <u>igualdad</u> entre los pueblos. Cada nación debe poder autodeterminarse políticamente en un territorio tradicional dado.
"LIBERAL"	[En su origen:] Estratos medios se vuelven autoconcientes de las limitaciones que ofrecen los Estados tradicionales. Sus aspiraciones chocan con las instituciones del "Antiguo Regimen" (y en el s. XX con los nuevos autoritarismos).	Supremacía del valor <u>libertad individual</u> . El poder (político, económico y cultural) debe ser distribuído entre numerosos actores competitivos.

"DEMOCRATICO"	Aspiraciones participativas del "hombre común", frente al monopolio del poder político ejercido por elites políticas y económicas.	Supremacía del valor <u>igualdad</u> , referido a las luchas políticas. Que al menos en el voto exista una distribución igualitaria del poder.
"SOCIAL"	Autoconciencia de su marginalidad económica y cultural por parte de los estratos bajos, en el marco de la Revolución Industrial y sus consecuencias. Choque de aspiraciones con las instituciones tradicionales y liberales.	Ampliación del valor <u>igualdad</u> . Se proponen esfuerzos sistemáticos e institucionalizados para la redistribución de recursos y chances así como la organización de los interesados para la transformación del derecho de propiedad.
"SOFO-TECNOCRATICO"	Aspiraciones (y resentimientos) de élites intelectuales y profesionales en el marco de sociedades democráticas de masas.	Supremacía del valor <u>saber capacidad</u> . Que el poder sea concentrado en las manos de equipos (civiles y militares) de "sabios" o "expertos".
"TRADICIONAL-SEÑORIAL"	Respuesta de las élites tradicionales (pre-industriales) ante el desafío de las clases medias y bajas (expresado en los temas liberal, democrático, nacional y social).	Supremacía de los valores <u>jerarquía y estabilidad</u> . Sólo las minorías seleccionadas por herencia y cooptación garantizan el orden social óptimo y preservan la integridad de la herencia cultural.

"IMPERIAL" Conflictos entre etnias distintas, relativos al control político y económico de un recurso muy escaso: el espacio geográfico.

Supremacía de la seguridad y "misión" de la propia Nación-Estado.

Para ello es necesario controlar el máximo posible de espacio, expulsando o subordinando a los ocupantes "extraños".

El tema tradicional cristiano merece un tratamiento algo más detenido. A diferencia de los núcleos arriba resumidos, este tema es ante todo el producto de una vivencia religiosa -es decir trascendente, orientada más allá de las preocupaciones mundanas. Como una especie de corolario pueden desprenderse de dicha vivencia proposiciones y normas relevantes para el acontecer político. Empíricamente puede constatarse que a lo largo de la historia la mayoría de los cristianos ha buscado en la fe alguna inspiración para guiar su conducta en las relaciones económicas y políticas⁸.

El modo específico de esa conducta presenta notables diferencias de tiempo y lugar, por lo que aquí sólo pueden darse indicaciones muy sumarias. El mensaje cristiano, al reconocer que todo ser humano es pecador, favorece una actitud cautelosa y aún crítica frente a la arrogancia de aquellos poderosos que confían exclusivamente en las técnicas.

Por otra parte, es un mensaje de fortaleza, ya que no depende de la obtención de éxitos materiales inmediatos, sino de la esperanza en que el bien y la vida terminarán

⁸ Para esta problemática son fundamentales los siguientes trabajos: Weber, M.: "Protestantismo ascético y espíritu capitalista" (1905) e "Introducción a la ética económica de las religiones universales" (1916), en "Soziologie, Weltgeschichtliche Analysen, Politik", Stuttgart 1988; Tawney, T.H.: "Religion and the Rise of Capitalism", Harcourt, 1952 y Childs, M. W. y Cater, D.: "Ethics in a Business Society", Harcourt, 1954.

por triunfar sobre el mal y la muerte, triunfo que en el final de los tiempos está garantizado por un Dios personal que ama al hombre. Si la cautela mencionada en primer lugar puede llevar a una cierta resignación quietista frente a los asuntos públicos, la confianza comentada en segundo término constituye una poderosa fuente de energía, que se manifiesta como activismo profético y misionero, lleno de esperanza y dedicado a la evangelización de toda relación humana.

La tensión secular entre estos "tipos ideales" de proyección cristiana hacia el mundo convivió en una interacción difícil a lo largo de la Edad Media con los temas señorial e imperial, los cuales son de raigambre precristiana⁹. Con la aparición -durante la Modernidad- de los núcleos ideológicos liberal, nacional, democrático, social y tecnocrático, el cristianismo se vio colocado ante nuevos desafíos. Desde la Encíclica "Rerum Novarum" (1891) recomenzó el diálogo fecundo con las transformaciones de la época, constituyéndose una original corriente de pensamiento con la periódicamente actualizada doctrina social de la Iglesia Católica (y otras expresiones comparables en el protestantismo).

Lo dicho basta para subrayar el hecho de que una historia de las ideologías contemporáneas no puede eludir la innegable presencia del factor religioso, presencia a menudo polémica que configura una de las problemáticas más apasionantes de nuestro tiempo¹⁰.

Los diversos núcleos no han permanecido aislados entre sí. Cada uno de ellos es sólo una respuesta posible a un haz relativamente estrecho de tensiones. Para dar

⁹ Sobre este tema puede verse un libro brillante: Miguena, J. E.: "Honor militar, conciencia moral y violencia terrorista". Bs. As., 1986.

¹⁰ Sobre estas tensiones son importantes los siguientes artículos de la revista "Criterio": Aubert, R.: "La Iglesia en el mundo de los últimos 50 años" (N° 1777/78, 24 diciembre 1977); Freund, J.: "La fe y la política" y Ellul, J.: "Tesis sobre fe cristiana y política" (N° 1825/26, 24 diciembre 1979); Garrigues, J. M.: "La Iglesia Católica y el Estado liberal" (N° 1848, 27 noviembre 1980) y Braun, R.: "Iglesia y democracia" (28 marzo 1985, N° 1940) Desde una perspectiva laica, véase. Briton, C.: "Las ideas y los hombres". Madrid, 1986 (esp. los Caps. XI a XV).

cuenta de la totalidad de las mismas se fue produciendo la interconexión de varios temas. Así surgieron las *ideologías*, con una capacidad más notable para responder a las múltiples demandas de los grupos que integran la muy diversificada y compleja sociedad contemporánea. Tratándose de los vastos edificios conceptuales que, habiéndose originado en Europa, terminaron por alcanzar en este siglo una difusión prácticamente planetaria, bien puede hablarse de "*macro-ideologías*". Con la difusión señalada encontraron otros legados culturales y estructuras sociales diferentes a las europeas, encuentro del que surgió un incesante proceso de revisión crítica y adaptación. Creo que pueden ser identificadas cinco de esas macro-ideologías: liberalismo, socialismo, comunismo, conservadurismo y fascismo. Para la época clásica de su desarrollo (en Europa aprox. 1848-1945) las constelaciones que las caracterizan pueden esquematizarse de la siguiente manera.

1) **LIBERALISMO**: Constituido por dos núcleos dominantes: el liberal y el democrático. A ellos se subordinan, con variable peso según las circunstancias, otros dos: el nacional y el tecnocrático. Hay también ocasionales aproximaciones al cristianismo.

2) **SOCIALISMO**: Los temas dominantes son el social y el democrático. A menudo se combinan con partes de los núcleos liberal (en sus soluciones políticas y culturales) y nacional. Algunas vertientes se aproximan al tema cristiano.

3) **COMUNISMO**: Los temas dominantes son el social y el sofo-tecnocrático, combinados con residuos democráticos. Es frecuente la reinsertión (ligeramente disimulada) de los núcleos nacional e imperial, en una constelación cuyos clásicos originales los rechazaban con vehemencia.

4) **CONSERVADURISMO**: El tema dominante es el tradicional-señorial. Se dan diversas combinaciones con los núcleos nacional, cristiano e imperial. El desarrollo más importante de los últimos 50 años es el gradual reemplazo del núcleo señorial por una versión tecnocrática, que se diferencia de la comunista por hallarse entrelazada con el tema liberal de la supremacía del mercado.

5) **FASCISMO:** Se caracteriza por la hegemonía de tres temas: el nacional, el imperial y el señorial (generalmente en una versión "modernizada" y pseudo-científica). El núcleo social también aparece, aunque subordinado y en una interpretación fuertemente restringida e instrumentalizada por los temas dominantes.

Si se observa este esquema, el tema nacional parece dotado de ubicuidad, lo que explicaría de algún modo la ambigüedad que lo caracteriza. Tanto este tema como el imperial postulan a los pueblos y a los Estados como las categorías analíticas fundamentales. Ya he indicado que con ello se colocan en un plano que inevitablemente deja pendientes una multitud de interrogantes relativos a la estructura íntima de esas categorías. La difusión muy amplia de una posición "nacionalista" -como rechazo de presiones foráneas y valoración eminente del Estado nacional- caracterizó el tono ideológico en todo el siglo XIX europeo. Pero ello no impedía que en otro sentido los ciudadanos se agrupasen como liberales, conservadores o socialistas, posiciones éstas que, además de vivificar la competencia de las alternativas en materia de asuntos internos, de ninguna manera resultan indiferentes para la elaboración de una política exterior.

Dadas estas observaciones ¿cómo puede emerger un "nacionalismo" con perfiles netos? Solamente en *circunstancias históricas especiales*, sean las de la etapa fundamental de una Nación-Estado, sea en un momento posterior, en que un sector significativo de la población sienta gravemente amenazada una unidad y autonomía ya logradas en el pasado. En esos casos el tema nacional pasará a convertirse en idea y valor dominante, descendiendo al 2º o tercer escalón los otros núcleos que integran la cultura política del país en cuestión. Estaremos entonces en presencia de una constelación que podrá ser llamada "nacionalista" y que probablemente no durará mucho más allá la crisis (amenaza experimentada) que le dio origen.

En esta perspectiva el esquema global de las macroideologías permanece como válido, pero se pone el acento sobre la flexibilidad que implica el reconocer que sus compo-

mentos ("núcleos") son históricamente fluctuantes.

Se abre así el camino que conduce a una tipología del nacionalismo que, permaneciendo respetuosa de la evidencia empírica, parece también capaz de insertarse coherentemente en una teoría histórico-social de las ideologías¹¹.

3. Tipología y funciones del nacionalismo

Lo nacional tiende a convertirse en "ismo" cuando la guerra, la ocupación extranjera o formas agudas de dependencias económica y cultural afectan la viabilidad de las aspiraciones y la identidad de un gran grupo, caracterizado por memorias y valores compartidos. Más allá de esta constatación muy general, que goza de amplio consenso entre los investigadores, las tipologías del nacionalismo que han sido propuestas suelen diferir bastante entre sí. Algunas representan un enfoque exclusivamente histórico-ideológico, mientras que otras, generalmente más recientes, utilizan criterios sociológicos¹². Pero la falta de contactos entre ambas perspectivas no produce resultados realmente satisfactorios. El rumbo que parece ser más fructífero es el que señalan autores como *Ashkenasi*, *Winkler* y *Alter*, quienes se han preocupado por lograr una visión integradora de los aportes de la historia, la sociología y la ciencia política¹³. La tipología que se esbozará en las páginas siguientes se

11 Para las dificultades de esta tarea: Waldron, A: "Theories of Nationalism and Historical Explanation", en "World Politics", vol. 37, n° 3, Abril 1985.

12 En el primero de los grupos mencionados se destacan las siguientes obras: Hayes, C.: "The Historical Evolution of Modern Nationalism", Nueva York, 1931 y "Nationalism: a Religion", N. York, 1980 [hay versión cast.]; además Kohn, H: "The Idea of Nationalism", N. York, 1944 [hay versión cast.]. En el segundo grupo: Deutsch, K. W.: "Nationalism and its Alternatives", N. York, 1969 [hay versión cast.] y "Las naciones en crisis", México, 1981; además Smith, A.D.: "Theories of Nationalism", N. York, 1972.

13 Ashkenasi 1976; Alter, P.: "Nationalismus", Francfort, 1985 y Winkler, H. A.: "Nationalismus", Königstein, 1985. Véase también: Mommsen, H.: "Nacionalismo", en "Marxismo y Democracia" (Enciclopedia dir. por C. D. Kernig), tomo 7 de "Historia", Madrid, 1975.

ubica en esta última línea interpretativa. No pretende sino ser un instrumento analítico-crítico, que podrá ser reconstruido o aún totalmente desechado si nuevos datos o posteriores reflexiones lo hacen aconsejable. Las *cuatro formas de nacionalismo* aquí esquematizadas serán caracterizadas según tres dimensiones que considero de suma relevancia: la circunstancia de su génesis; la constelación específica de los núcleos ideológicos, y finalmente, las funciones socio-políticas que cada tipo de nacionalismo cumple¹⁴.

El momento histórico constitutivo del *nacionalismo liberal* puede ubicarse entre la Independencia de los E.E.U.U. y las revoluciones europeas de 1848. Nació y creció en el marco de la gran crisis inicial del mundo contemporáneo, la cual por un lado se manifestó como separación violenta de las naciones euroamericanas de sus metrópolis, y por el otro, como desintegración y transformación económica, política y social del Antiguo Régimen.

A lo largo de las costas atlánticas y mediterráneas, este tipo de nacionalismo se convirtió en una fuerza histórica vigorosa, dando vida a nuevos Estados -desde las repúblicas americanas hasta Grecia- y a nuevos regímenes en Estados antiguos (como ocurrió en Francia¹⁵. La constelación ideológica que lo caracteriza reúne en un haz más o menos estrecho los temas nacional, liberal y democrático (este último generalmente con menor convicción).

Durante buena parte del siglo XIX y especialmente en los países anglosajones esta fórmula pudo realizar con notable éxito la *función integradora* de todo nacionalismo.

¹⁴ Esta tipología fue elaborada a partir de un curso de postgrado que el suscripto dictó en Villa María, Córdoba ("El nacionalismo restaurador argentino, 1927, 1983") a fines de 1984.

¹⁵ Esta primera variante del nacionalismo incluye los tipos "humanista" (Rousseau y Herder) "jacobino" (Robespierre y Napoleón) y "liberal" (Bentham, Guizot, Mazzini) postulados por Hayes 1931. Es también el nacionalismo "racional y liberal" de Kohn 1944, llamado "del Risorgimento" por Alter, 1985. El término "nacionalismo" aparece en esta época, como lo demuestran los trabajos de Kemiläinen, A.: "Nationalism. Probleme Concerning the Word, the Concept and Classification", Jyväskylä, 1964 y Bertier de Sauvigny, G. de: "Liberalism, Nationalism, Socialism: The Birth of Three Words", en "The Review of Politics", vol. 32, N° 2, April 1970.

Esto pudo constatarse tanto en sentido horizontal -vinculando a las élites decisivas entre sí-, como en el vertical-penetrando hasta capas más profundas de la estratificación social. Pero no sucedió lo mismo en el Centro y Este de Europa y tampoco en América Latina, regiones en las que se daban otros condicionamientos socioeconómicos, políticos y culturales. El nacionalismo liberal también *articulaba* en un programa coherente las aspiraciones de clases medias ascendentes de mentalidad esperanzada, proceso que por lo demás pronto se acopló a una expansión imperial, cuyos "objetos" fueron los pueblos periféricos, a quienes se les negó el reconocimiento pleno de su status como naciones capaces de autodeterminarse. Es que el nacionalismo liberal-más o menos "puro" en figuras como Mazzini- raras veces mostró total consecuencia con sus ideales. Basta recordar los prejuicios antipolacos de muchos assembleístas alemanes en la Constitución de Francfort (1848) y la política de los liberales británicos en el Tercer Mundo. Por el contenido mismo de su constelación ideológica, este nacionalismo padecía de una miopía congénita cuando se trataba de la problemática de las culturas extraeuropeas y mestizas, las que fueron incorporadas tarde y forzadamente al capitalismo industrial, generalmente por obra de intervenciones foráneas. Se produjo así una deficiencia en su *función orientadora* (capacidad de proporcionar un "mapa" cognitivo más o menos adecuado a la realidad), la cual parece continuar en muchos heredados actuales de esa corriente política¹⁶.

Podría hablarse también de una "*función sociodinámica*", que es el efecto conjugado de las tres señaladas anteriormente, en la medida en que se expresan como movilización y justificación de determinadas conductas y agrupamientos, las que mantienen o alteran las estructuras sociales heredadas. En este sentido, el nacionalismo liberal contribuyó

16 Brevemente puede resumirse lo que aquí llamo "función orientadora" en los siguientes términos "las concepciones esquemáticas relativas a hechos o nexos causales (...) tienen también un valor de "alivio", al liberarnos de la tensión causada por la duda, la incertidumbre y la inseguridad." [Arnold Gehlen, cit. por K. G. Riegel en Börlitz, A. (Ed.): "Handlexikon zur Politikwissenschaft" Reinbek, 1972, p. 160 (hay versión cast.)].

a acelerar los cambios, siendo inseparable de revoluciones y reformas muy conocidas. No puede negarse que su núcleo central encerraba un fuerte potencial emancipatorio, ya que disolvía antiguos vínculos feudales, localistas, corporativos y dinásticos, introduciendo al individuo en una concepción más amplia y voluntarista del quehacer político. Que dicho potencial no fuese obstáculo para una interpretación tendiente a cimentar sistema de dominación sobre los llamados "pueblos de color", es una de las paradojas que caracterizan la historia de las ideologías. De la articulación de intereses legítimos e ideales admirables, al uso manipulatorio de determinadas consignas y prejuicios, hay sólo un corto paso, que suele darse con facilidad cuando perjudica "solamente" a extranjeros¹⁷.

El *nacionalismo restaurador* es decir "conservador" en el sentido fuerte que este adjetivo tenía hasta 1945 en Europa- se constituyó entre 1870 y 1918. En lo esencial fue una reacción ante los avances, a menudo revolucionarios, que habían logrado el liberalismo y el socialismo, avances que se correlacionaban con los efectos transformadores de la Revolución Industrial madura en el plano socio-cultu-

17 A esa deformación manipulatoria se refería con su ácida ironía George B. Shaw en una de sus obras teatrales: "Todo inglés nace con cierto milagroso poder que lo convierte en el amo del mundo. Cuando quiere algo, nunca se confiesa a sí mismo que precisamente eso es lo que desea. El espera pacientemente hasta que - uno no sabe bien cómo- se le mete en la cabeza una convicción ardiente de que su deber moral y religioso es conquistar a aquellos que poseen la cosa que él desea. (...) Cuando él quiere un nuevo mercado para sus adulterados productos de Manchester, manda a un misionero a fin de que enseñe el evangelio de la paz. Los nativos matan al misionero y el inglés acude a las armas en defensa del cristianismo; luego pelea, (...) y toma el mercado como un premio del Cielo. (...) Usted jamás encontrará a un inglés equivocado. Todo lo hace sobre la base de un principio. Le hace a Usted la guerra por principios patrióticos; le roba, basado en los principios de la economía; esclaviza a la gente por principios imperiales (...); apoya a su rey por el principio de lealtad y luego le corta la cabeza... por principios republicanos. Su lema siempre es el deber; y nunca se olvida de esto: una nación que permite conflictos entre su deber y su interés está perdida" ("The Man of Destiny", en "Plays", Chicago/N. York, 1905, vol. II, ps. 335 - 336).

ra)¹⁸. De allí que se produzca una nueva combinación, esta vez del núcleo ideológico nacional con el señorial. Con ello el nacionalismo restaurador expresa y articula los temores compartidos por estratos altos y medios, angustiados por la velocidad de los cambios y lo que luego será llamado "la rebelión de las masas". Este nacionalismo fue fomentado, por sus pretendidas virtudes integradoras, en la Alemania guillermina, la Rusia de los últimos Zares y, posteriormente, en la España franquista. Allí, y en otros casos, manifestó claramente su función sociodinámica característica, consistente en un esfuerzo conciente para detener y aún revertir las tendencias emancipadoras del mundo contemporáneo.

En lo que hace a su capacidad orientadora, la debilidad de esta variedad nacionalista estuvo siempre en la carencia de una explicación convincente del cambio histórico. Esa fue una de las preocupaciones principales de los brillantes escritores políticos de la llamada "Revolución Conservadora" (1918-39) entre los que se destacaron Oswald Spengler, Ramiro de Maeztu y Carl Schmitt. Importantes grupos intelectuales europeos y latinoamericanos se convirtieron en sus discípulos, pero pronto se vio que su camino llevaba, más o menos inevitablemente a una alianza y aún fusión con los movimientos fascistas.

El *nacionalismo totalitario* (o fascismo) es una tercera variante¹⁹, cuya afinidad con la precedente resulta manifies-

18 Esta categoría corresponde al "nacionalismo integral" de Hayes 1931 y de Alter 1985. Winkler 1985 señala explícitamente que desde 1870, el nacionalismo pasó de ser una ideología "de izquierda" a la adopción de un contenido "de derecha" (ps. 14 - 15). En dicho tipo fueron figuras importantes Pobedonotsev y Danilevski (Rusia); Drumont, Barrès y Maurras (Francia) y finalmente Treitschke Langbehn y Wagner (Alemania). En nuestro país la influencia de la variante francesa fue notable en los jóvenes nacionalistas de 1930 - los hermanos Irazusta, J. Meinvielle, E. Palacio y muchos otros.

19 Kohn, 1944 y Alter 1985 no diferencian mayormente entre el tipo restaurador y el fascista. Con todo existen diferencias innegables que señalo en este trabajo y que recomiendan establecer el distinguo. En caso contrario se produciría una mezcla confusa de dos conjuntos ideológicos - conservadurismo y fascismo - cuya autonomía es reconocida por la mayoría de los mejores especialistas. Para profundizar esta cuestión, véase Nolte, E.: "Was ist bürgerlich?". Stuttgart, 1979, Caps. III y VIII.

ta. Pero se advierten algunas diferencias importantes, que estimo merecen constituir el criterio básico para el establecimiento de un tipo diferente. El fascismo se caracteriza por una militancia extrema y un concepto excluyente y paranoico de la comunidad nacional. Se trata de la respuesta de expansionismos derrotados o insatisfechos a las frustraciones resultantes del sistema de Versalles y del desafío leninista primero, y de la crisis económica del liberalismo (1929-30) después. Mientras que el nacionalismo conservador solía incluir alguna versión del tema cristiano tradicional -sobre cuya calidad en tal contexto se dan las inevitables polémicas-, el nacionalismo fascista tiene connotaciones francamente anticristianas, las cuales una hábil propaganda logró ocultar o atenuar durante bastante tiempo.

Los dirigentes del fascismo recubrieron sus núcleos ideológicos dominantes -el nacional, imperial y señorial- con apariencias cristianas y sociales, temas sin los cuales estas organizaciones no habrían logrado convertirse en movimientos de masas. De este modo trataron de articular, en una mezcla inestable y explosiva las heterogéneas aspiraciones de sectores provenientes de todos los estratos sociales. Estas coaliciones se mantuvieron unidas mientras sus jefes perseguían aquellos fines restaurativos con el auxilio de los instrumentos más modernos (propaganda, penetración totalitaria de toda la sociedad y tecnificación), obteniendo algunos éxitos espectaculares aunque efímeros. Especialmente en el caso del fascismo "radical" (el nacionalsocialismo) se observa esta constante tensión entre los efectos niveladores y aún "revolucionarios" de sus medios y el carácter profundamente regresivo, anti-emancipatorio, de sus objetivos, tensión que resume los efectos sociodinámicos de este tipo de nacionalismo²⁰.

El tema nacional se convirtió en la versión fascista, en una caricatura de su primera versión. La nación integrada y solidaria se postuló para algunos pocos pueblos, quienes

20 Sobre esta peculiaridad de los fascismos, véanse las siguientes obras: Nolte, E.: "Der Faschismus in seiner Epoche", Munich 1963 (hay versión cast.); Dahrendorf, R., "Gesellschaft und Demokratie in Deutschland", Munich, 1968 y Schoenbaum, D., "Die braune Revolution", Berlin, 1968.

la construirían sobre la servidumbre de los demás. El imperia-
lismo se manifiesta descaradamente como "solución" para
los conflictos distributivos internos, despojado de la hipocre-
sía vergonzante del colonialismo liberal del siglo XIX:

"Nosotros -los imperiales- no ignoramos en cambio
que la lucha de clases es una realidad eterna en
la Historia (...) Sólo ha existido en el mundo un sistema
eficaz para superar ese encono eterno de clases:
y es trasladar esa lucha social a un plano distinto.
Trasladarla del plano nacional al internacional. El
pobre y el rico de una nación sólo se ponen de acuerdo
cuando ambos se deciden a atacar a otros pueblos
o tierras donde pueden existir riquezas y poderío
para todos los atacantes".²¹

Los nacionalismos del *Tercer Mundo* -Asia, Africa
y América Latina- no constituyen en realidad una categoría
cuyos perfiles puedan trazarse con la misma nitidez que
en los tres casos anteriores²². Resulta más acorde con
el estado actual de las investigaciones y con el carácter

21 Gimenez Caballero, Ernesto, "Genio de España", Barcelona 1939
[4a ed.], p. 235. Durante la conquista de Abisinia, Mussolini
dijó que se trata de "la guerra de los pobres" y que en esos
territorios "habrá, después de la gloria, trabajo y lugar para
todos!" (Ver "El espíritu de la Revolución Fascista", Milán,
1937, ps. 115 - 117). Ya en 1913 Max Weber había señalado que
"toda política imperialista en el exterior suele reforzar normal-
mente, al menos por un tiempo, el prestigio y con ello la posición
de poder y de influencia de aquellas clases, estamentos y partidos
bajo cuya conducción se ha alcanzado el éxito" (Weber 1968, p.
94).

22 En una de sus obras más recientes, Karl Dietrich Bracher (1982,
Parte III, Cap. 6) se ha manifestado de un modo sumamente despecti-
vo y hostil hacia los nacionalismos del Tercer Mundo. Una perspec-
tiva cerradamente enrocéntrica le impide comprender la especial
problemática de estos pueblos, con lo cual su tratamiento del
tema queda sujeto a prejuicios y estereotipos lamentables. Contrás-
tan con ello los enfoques realmente prudentes, bien documentados
y más positivos que se advierten en Wilkler 1985 (ps. 19 - 34)
y Puhle, H. J. ("Nacionalismo, populismo y Reforma o Revolución
en América Latina", Rev. Paraguaya de Sociología", Año 23, n°
65, Enero - Abril 1986).

aún abierto de los procesos históricos en cuestión, postularlos como una simple tentativa para demarcar una problemática. Las notas que siguen buscan destacar algunos de los aspectos más interesantes en ese ámbito:

El consenso de los especialistas tiende a dar por agotada (hacia 1945) la etapa de mayor dinamismo histórico para los nacionalismos europeos. En parte ello se debe a la realización de lo esencial de sus objetivos originales (es el caso del nacionalismo liberal del siglo XIX), pero también jugaron un rol decisivo el creciente peso del bipolarismo de las superpotencias y la multiplicación de los organismos internacionales, procesos que caracterizaron las cuatro últimas décadas. No podría postularse un agotamiento similar para los nacionalismos tercermundistas.

Estos últimos enfrentan un doble desafío que los coloca en una situación particularmente compleja. Por un lado también ellos se basan en una "materia prima" para la consolidación nacional: tradiciones propias, hechos lingüísticos y memorias históricas dotadas de un cierto potencial vinculante. Pero por otro lado la política de esos países ha estado, desde sus orígenes, fuertemente influida por los "modelos" ya terminados que les ofrecían las cinco macroideologías eurocéntricas que se cristalizaron entre 1848 y 1945. Incluso las relaciones materiales de los jóvenes Estados "periféricos" son inexplicables fuera del marco de las asimetrías y dependencias surgidas de la expansión económica y militar de las potencias centrales.

Estos desafíos son el trasfondo estructural de los conflictivos procesos de adaptación y de la escasa estabilidad institucional que caracterizan a estos países. La *apertura indiscriminada* e ingenua a las influencias del Norte significa un peligro considerable para la conservación de aquella "materia prima" sin la cual ninguna nación puede consolidarse, sea en su contextura político-cultural, sea en su base económica. Pero un *cierre absoluto* de signo xenófobo y ultratradicionalista (el caso del Irán "Khomeinista") implica atraso científico y el abandono de muchas vías de cambio sociocultural, impregnándose un nacionalismo de este tipo con rasgos claramente anti-emancipatorios.

Esa alternativa ni siquiera garantiza la tan ambicionada "fuerza" para resistir el enemigo exterior (como lo atestigua el tradicionalismo estéril del antiguo Tibet). Queda el camino intermedio de una *apertura relativa, mesurada y crítica*, en la cual los contactos internacionales fructíferos se ponen al servicio de una política dispuesta a la afirmación de la identidad nacional y a la paciente construcción de un orden mundial que sea la conjunción de autodeterminaciones cooperativas, no la estratificación brutal basada en amenazas y sobornos.

Se suele citar al Japón como el ejemplo más notable de un nacionalismo exitoso, experto en la estrategia de la apertura calculada y productiva. Se trata de una evaluación aceptable, a condición de no olvidar los costos que la 2da Guerra Mundial implicó para el Japón y sus vecinos. Tanto esa experiencia, como la de muchos líderes del nacionalismo tercermundista-Nasser y Sukarno, Kemal Atatürk y Nehru, G. Vargas, Haya de la Torre y Perón- apunta a una conclusión: no existen recetas infalibles y baratas en la dura tarea de consolidar las nacionalidades jóvenes y multifacéticas de la periferia.

Tanto el nacionalismo liberal, como el restaurador y el fascista han ejercido considerable influencia en el Tercer Mundo, y en particular, en América Latina. Y como si la multiplicidad de las significaciones equívocas así proyectadas fuese poca, la reivindicación leninista de los "pueblos coloniales" reflejada en los experimentos chino, vietnamita y cubano, vino a aportar un nuevo "modelo", cuyo estudio sobrepasaría los límites de este trabajo. Pero el efecto principal de este último proceso de sincretismo ideológico se hizo evidente a más tardar a partir de los años 60. Como reacción contra el mismo, los tres primeros tipos de nacionalismo desdibujaron sus netos perfiles originales y, comenzaron a fundirse en un conglomerado ligeramente remozado con tesis tecnocráticas y funcionalmente subordinado a la política mundial de la derecha norteamericana. Esta última versión se convirtió en la doctrina oficial de los "regímenes de la Seguridad Nacional dependiente con capitalismo periféri-

co²³, los cuales proliferaron en nuestra América en la pasada década.

En la actualidad tanto esa versión, como los modelos "nacional-comunistas" han perdido mucho de la seducción que lograron ejercer en el pasado reciente. Las terribles consecuencias de las dictaduras "occidentalistas" sudamericanas por un lado, y el intervencionismo soviético en Afganistán, además del fracaso de la "Revolución Cultural" maoísta por el otro, han venido produciendo una saludable evolución tendiente a destruir mitos ya insostenibles. Cada pueblo del Tercer Mundo podrá enriquecer su consenso nacional si confronta críticamente su propia experiencia con los procesos mencionados. Es necesaria esta vigilancia intelectual permanente, porque sin ella el potencial emancipador contenido en la idea nacional puede ser desvirtuado por la manipulación de minorías sedientas de poder y privilegios, sea que se trate de ciertos grupos étnicos u oligarquías económicas, sea que lo intenten vanguardias "iluminadas" que luego terminan por convertirse en burocracias autoritarias.

En el caso de Latinoamérica no ha perdido actualidad ni relevancia un proyecto político que logre ampliar el tema nacional hacia formas de integración continental, englobando lo más vital de la rica herencia aportada por su población y culturas mestizas. No podrán faltar en la síntesis señalada los núcleos democrático, social y cristiano, cuya ausencia o deformación han sido características constantes de las versiones despóticas e imperialistas del nacionalismo²⁴.

23 Sobre este tipo de régimen y la ideología correspondiente, me he extendido algo más en un trabajo aún no publicado: "Las derechas de la Nueva Guerra Fría" [Mendoza, 1987, especialmente ps. 24 - 29 y 63 - 73].

24 En esta apreciación de las perspectivas de los actuales nacionalismos latinoamericanos coincido en buena medida con Wokmer, A. C.: "Demarcaçãoes Históricas para una Temática das Ideologías" (en "Revista Brasileira de Estudos Políticos", n° 59, julio 1984), quien habla de un "nacionalismo desenvolvimentista", de carácter "socializante", pero sobre un sustrato cultural "humanístico", no totalitario - economicista.